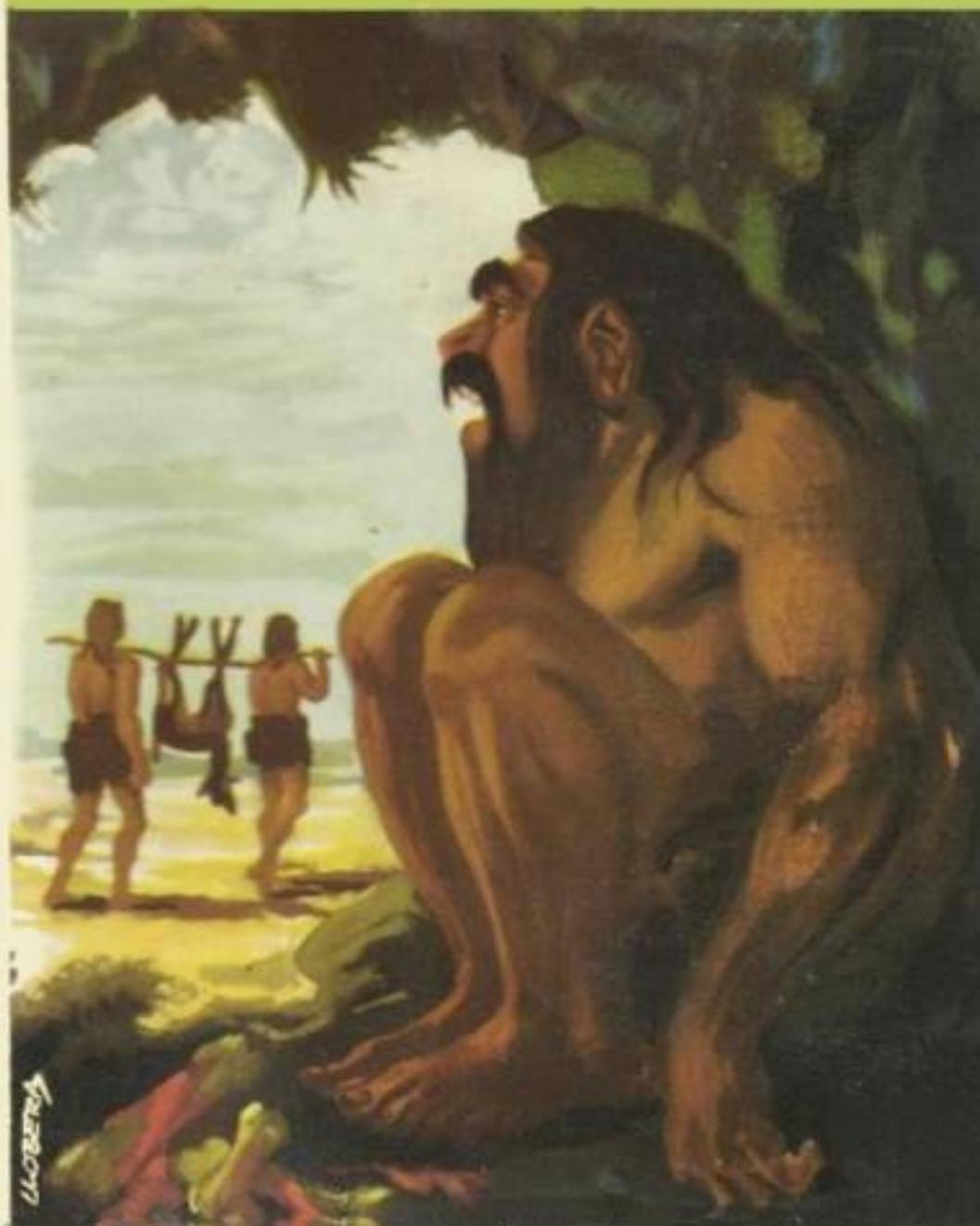



NEBULAE

Lester del Rey

...Y ALGUNOS ERAN HUMANOS



Este libro, publicado en la Colección Nebulae (Primera Época) contiene los siguientes relatos de Lester del Rey: El fin de la raza, Un solo amor, Calderero, La suerte de Ignatz, Las alas de la noche, Fidelidad y Misión secreta.

PRÓLOGO por Miguel Masriera

Con este volumen COLECCIÓN NEBULAE presenta a Lester del Rey, un autor norteamericano que realmente merece figurar en una antología de novelas de fantasía científica. Hemos escogido la, a nuestra manera de ver, mejor y más característica de sus obras o sea ...Y ALGUNOS ERAN HUMANOS (en inglés «...and some were human»), de la que ofrecemos una serie de novelitas, centradas todas en una idea común antropológica, dejando para más tarde la publicación de la novela más larga, incluida también en la citada obra inglesa, «Nervios».

Lester del Rey es un hombre joven todavía y que lo era todavía más cuando escribió este libro, en el que, a pesar de ello, se observa una madurez de pensamiento y un estilo literario que no son los de un principiante. Sin embargo, el espíritu juvenil se hace simpáticamente notar en la vivacidad de la descripción, en la audacia del argumento y sobre todo en el sano optimismo que se revela en todas las narraciones y que quizás tenga su explicación en la agitada juventud de Lester del Rey, durante la cual la vida le ha enseñado directamente muchas cosas. Parece que intentó muchos oficios: después de dejar la universidad, fue oficinista, metalúrgico, camarero, investigador bibliográfico, etc., hasta que un buen día descubrió su vocación por las novelas utópicas, por los mundos soñados en las fantasías del mañana.

En este libro, parafraseando a Lewis Carroll, se habla de: «... muchas cosas:

De barcos y estrellas y dioses antiguos;
De lo que traerá el futuro;
Del porqué han desaparecido las elfas;
Y del porqué los sueños tienen alas».

La idea central de todas las historietas es la inquietud sentida acerca del futuro de la raza humana. Esta inquietud tiene en Lester del Rey una base que podríamos llamar poética, con su correspondiente desarrollo literario, pero la fantasía que la acompaña es una fantasía que podríamos llamar documentada, esto es científica. Y aquí radica a mi modo de vez el principal encanto de esta obra, en el que con espíritu de filósofo y de poeta se consideren tanto los problemas que el desarrollo de la técnica moderna plantea y planteará en el futuro como las alternativas que la raza humana ha tenido que soslayar ya en el pasado o las que el mito y la leyenda han perpetuado como reminiscencias ancestrales. Y todo ello presidido siempre por la preocupación básica del destino del hombre en la Tierra o en los espacios siderales que un día conquiste.

Este nexo común hace que en este libro tanto se trate de la prehistórica extinción del hombre de Neanderthal (que es el asunto de «El fin de la raza»), como del mundo pánico de las ninfas de los bosques (asunto de «Un solo amor») y todo ello de la misma manera y en el mismo tono con que se abordan los problemas más obsesionantes del futuro como el de los prejuicios contra los marcianos (asunto tratado con fino humorismo en «La suerte de Ignatz» y con un gran sentido de la fantasía científica en «Las alas de la noche»), como el de una posible extinción de la raza humana cediendo el predominio en la Tierra a una especie de hombres-perros y hombres-monos (osada hipótesis que se

dibuja en «Fidelidad»), o, finalmente, como se especula con la posibilidad de que la conquista de Marte por el hombre represente un peligro de muerte para toda la raza humana por contagio de raras enfermedades contra las que no podríamos luchar (tema de la última novela «Misión secreta»).

Este breve anuncio de las cuestiones de que se ocupan las novelas que componen esta obra, permite ya hacer ver como por diversos que parezcan los temas, todos ellos surgen de una preocupación fundamental por contestar a estas preguntas: ¿Qué hubiera podido ser del hombre?. ¿Qué será del hombre?

PARTE I DE AYER Y DE HOY

...El hombre es una raza solitaria en un mundo que no conoce otra Inteligencia, y se siente solo... para dar un objetivo a su vida ha hallado brillantes ilusiones en otra vida más allá de la que él conoce y la ha poblado con personajes imaginarios, hadas y duendes que le prestan momentánea belleza... pero siempre sueña en algo que está más allá de su alcance y cuando deja de soñar, muere... tal es el Hombre en nuestros días y así era cuando se extinguió la raza del hombre de Neanderthal...

EL FIN DE LA RAZA

Hwoogh se rascó el espeso pelo que cubría su estómago y contempló como el Sol trepaba por encima de la colina. Se golpeó en el pecho sin muchos ánimos, rugió con timidez y terminó gruñendo hasta callarse. En su juventud, había rugido y golpeado con vigor para ayudar a alzarse al dios, pero ahora no valía la pena. Nada valía la pena. Encontró un grano de sal del sudor seco debajo de su pelo, se lo metió en la boca y volvió a dormirse.

Pero el sueño no acudía. En el otro lado de la colina había gran agitación y alguien golpeaba un tambor con un rítmico latido. El viejo hombre de Neanderthal gruñó y se tapó las orejas con las manos, pero no pudo ahogar el canto de bienvenida al Sol. Otra de las ideas de los Charlatanes.

En otros tiempos, aquel fue un mundo, agradable, lleno de gente peluda que gruñía llena de satisfacción; gente que un hombre podía comprender. Había caza por todas partes y las cavernas estaban llenas del humo de las hogueras. Él había jugado con los pocos jóvenes que nacían, aunque cada año menos niños llegaban para ocupar su puesto en la tribu, y había crecido para alcanzar la virilidad, lleno de orgullo en su fuerza. Pero aquello fue antes de que los Charlatanes convirtieron el valle en uno de sus campos de caza.

Antiguas tradiciones, medio explicadas, medio comprendidas, hablaban de la tierra en los tiempos pasados cuando sólo su gente cruzaba la ancha tundra. Habían llenado las cavernas y salido a cazar en manadas demasiado grandes para que ningún animal pudiera resistirlas. Y los

animales bullían en la tierra, empujados hacia el Sur por la Cuarta Época Glacial. Luego el Gran Frío había vuelto y los tiempos se hicieron difíciles. Una gran parte de su tribu había muerto.

Pero muchos sobrevivieron y cuando la atmósfera se hizo de nuevo más caliente y seca, la tribu volvió a resurgir, antes de la llegada de los Charlatanes. Después. — Hwoogh se agitó inquieto—, por alguna razón que él no comprendía, los Charlatanes se apoderaron de más y más tierra, mientras su gente retrocedía y disminuía ante ellos. El padre de Hwoogh le dijo una vez que su pequeño grupo en el valle era todo lo que quedaba de la antes poderosa raza de Neanderthal, y que aquel era el único lugar en la gran planicie de la Tierra adonde rara vez llegaban los Charlatanes.

Hwoogh tenía ya veinte años cuando los vio por primera vez, unos hombres altos, de largas piernas, de pies ágiles y agudos ojos, caminando por todas partes como si fuesen los dueños de la tierra, haciendo ruido con la boca sin cesar. En el verano de aquel año, habían plantado sus tiendas de pieles al otro lado de la colina, lejos de las cavernas, e hicieron magia para propiciar a sus dioses. También había magia en sus armas y los animales caían fácilmente ante ellos. La gente de Hwoogh retrocedió, vigilándoles con temor, odiándoles vagamente, hasta que finalmente se acercaron para pedir limosna y robar lo que podían. Una vez, un joven macho había matado al niño de un Charlatán y había sido apaleado y luego expulsado de la tribu, para morir por ello. Después de aquello, existió una tregua entre los Cro-Magnon y los Neanderthal.

Ahora, toda la gente de Hwoogh había desaparecido, excepto él, sin dejar ningún niño. Siete años habían pasado desde que el hermano de Hwoogh se encamó en un rincón oscuro de la caverna para enviar su último aliento en el largo viaje a reunirse con sus antepasados. Siempre fue débil

y sin vigor, pero era el único amigo que le quedaba a Hwoogh.

El viejo se revolvió en la cama de hojas y deseó que volviese Keyoda. Quizás le traería algo de comida de los Charlatanes. Ahora ya no valía la pena salir a cazar, cuando los Charlatanes ya habían partido para matar a todas las presas fáciles. Era mejor que un hombre durmiese siempre, ya que el sueño era la única cosa agradable que le quedaba en aquel mundo que le rechazaba; hasta la bebida que los Cro-Magnons hacían de raíces machacadas le producía fuerte dolor de cabeza al día siguiente.

Se retorció dando vueltas en la cama cerca de la entrada de la caverna, gruñendo irritado. Una mosca zumbó por encima de su cabeza provocándole y Hwoogh hizo un ágil gesto. La sorpresa iluminó su rostro cuando sus dedos se cerraron encima del insecto y se lo tragó con un momentáneo destello de placer. No era tan bueno como los gusanos que se encontraban en el bosque, pero así y todo era un bocado exquisito.

El dios del sueño se había marchado y aunque tratase de engañarle quedándose quieto y roncando estaba seguro que no volvería. Hwoogh se incorporo y se quedó sentado encima de sus talones. Hacía semanas que quería fabricar una nueva punta para su tosca lanza, y se levantó para deambular por la cueva en busca de materiales adecuados. Pero su voluntad se debilitaba a medida que se aproximaba al trabajo y al fin se quedó inmóvil, contemplando el pequeño arroyo debajo de la caverna y las algodonosas nubes que cruzaban el cielo, sin pensar en nada. Era la primavera agradable y el Sol le calentaba.

El dios del Sol volvía a adquirir vigor, ahuyentando a las frías nieblas del valle. Durante muchos años, Hwoogh adoró al dios como algo suyo, pero ahora parecía adquirir vigor sólo para los Charlatanes. Mientras el dios estuvo enfermo, la gente de Hwoogh fue poderosa; ahora que su larga en-

fermedad terminó, los Cro-Magnons se extendían por los bosques como las pulgas en su espalda.

Hwoogh no podía comprenderlo. Quizás el dios estaba irritado con él, ya que las ideas de los dioses son incomprendibles. Gruñó de nuevo, deseando tener a su lado a su hermano, quien sabía más de esas cosas.

Keyoda escaló la escarpa delante de la cueva, interrumpiendo sus reflexiones. Traía migajas de comida del pueblo de tiendas y los restos de una pierna de caballo, que Hwoogh agarró en el acto para destrozar la carne con sus fuertes dientes. Sin duda los Charlatanes tuvieron buena presa el día anterior, ya que eran tan generosos con sus regalos. Gruñó un saludo hacia Keyoda, quien se había sentado al sol en la entrada de la caverna, frotándose la espalda.

Keyoda era tan repulsiva como casi todos los Charlatanes para Hwoogh, con sus largas piernas y cortos brazos y su postura erecta. Hwoogh recordó con un suspiro a las jóvenes hembras que conoció en los días de su pasada juventud; eran hembras hermosas, de cuerpo corto y cuadrado, bien musculadas, de cuello casi inexistente y de agradables frentes estrechas. Siempre se maravilló Hwoogh de que las mujeres Cro-Magnon con sus lisos rostros desprovistos de colmillos pudieran encontrar esposos, pero sin embargo era así.

Keyoda no lo había encontrado, desde luego, y en el caso de ella Hwoogh encontraba la justificación de su lógica. Había ocasiones cuando casi sentía simpatía hacia ella y a su manera era bondadoso con la mujer. Cuando Keyoda era una niña, había sufrido un accidente y su espalda quedó inutilizada para realizar el pesado trabajo que le corresponde a la esposa. Despreciada por los miembros de su tribu, poco a poco se acostumbró a ser tolerada como un paria en su propia tribu. Cuando encontró a Hwoogh por primera vez, la hospitalidad del hombre de Neanderthal llenó de agradecimiento a la mujer. Los Charlatanes eran nómadas que seguían a los grandes rebaños hacia el Norte du-

rante el verano y en dirección Sur en el invierno, moviéndose siempre con las estaciones, pero Keyoda se quedó con Hwoogh en su caverna e hizo para él las pocas tareas que eran necesarias en la pobre vivienda. Hasta un medio-hombre como Hwoogh era preferible a no tener ninguno y el hombre de Neanderthal era bueno para ella.

—¿Hwunkh? —preguntó Hwoogh. Con su estómago repleto se sentía mejor dispuesto hacia el mundo en general.

—Oh, salieron a cazar y me permitieron recoger las sobras... ¡a mí, que he sido la hija de un jefe!... como hacen siempre. —La voz de Keyoda fue antaño aguda y llena de vitalidad, pero el cansancio de los años llenos de fracasos había embotado el timbre de su voz.

—Pobre, pobre Keyoda —piensan en la tribu—, dejemos que coja lo que quiera, siempre que no sea algo que nosotros necesitemos. Toma. —Keyoda extendió hacia Hwoogh una tosca lanza, con una piedra apenas trabajada en la punta, con el triángulo desigual—. Uno de ellos me ha dado esto... no se parece en nada a las que ellos usan, pero es tan buena como las que tú puedas hacer. Uno de sus hijos se está practicando en la construcción de lanzas.

Hwoogh la examinó; era buena, admitió, muy buena, y la punta de piedra estaba firmemente asegurada en el ástil. Hasta los muchachos, con sus ágiles dedos y sus pulgares que podían retorcer en todos sentidos, podían hacer mejores armas que él; sin embargo, muchos años antes, Hwoogh era famoso en su tribu por la perfección de su trabajo en las armas de pedernal.

Se puso en pie lentamente, mientras hacía el signo de caza. La forma de su mandíbula y la disposición de su lengua, junto con el poco desarrollado lóbulo frontal izquierdo de su cerebro, hacían muy rudimentario su lenguaje, y por lo tanto Hwoogh ayudaba a sus monosílabos guturales y labiales con gestos que Keyoda comprendía con facilidad. Ella se encogió de hombros e hizo un gesto de despedida, mientras empezaba a roer uno de los huesos.

THwoogh empezó a vagar por las cercanías sin grandes ánimos, consciente del hecho de que era un hombre viejo. Pero vagamente sabía que la vejez no debió llegar hasta dentro de muchas nieves; no era el número de inviernos, sino alguna otra cosa lo que le convertía en un viejo, algo que podía sentir sin comprenderlo. Se dirigió hacia los campos de caza, con la esperanza de encontrar algo que no necesitase mucho esfuerzo para ser capturado. Los desdinosos regalos de los Charlatanes eran amargos a su paladar.

Pero el Sol-dios se alzó hasta el techo de su caverna azul sin que Hwoogh tropezase con el más pequeño animal. Dio media vuelta para regresar y en una de las cuevas del sendero encontró a un grupo de Cro-Magnons que volvían a su campamento con el cuerpo de un reindeer atado a una pértiga que dos de ellos llevaban encima de los hombros. Todos se pararon para gastarle bromas y gritarle un saludo burlón.

—¡No te canses, Peludo! —se pavonearon, con voces claras y alegres Hemos capturado a toda la caza que hay por aquí. Vuélvete a tu cueva y duerme.

Hwoogh se encorva un poco más y se apartó a un lado, arrastrando detrás de él la lanza inútil. Uno de los que formaban el grupo se acercó a él corriendo ágilmente. A veces Legoda, el hechicero y artista de la tribu, parecía casi sentir amistad por él, y ésta era una de tales ocasiones.

—Fue mi presa, Peludo —dijo con tolerancia—. La última noche hice una potente magia de reindeer y el animal cayó con mi primera lanza. Ven a mi tienda y te regalaré una pierna. Keyoda me enseñó una nueva canción que aprendió de su padre y quiero pagarle ese servicio.

¡Piernas, costillas, huesos! Hwoogh estaba cansado de los trozos de carne exterior. Su cuerpo reclamaba con ansia el alimento más delicado de las entrañas y el hígado. Hacia días que toda su piel le picaba, llena de manchas rojizas, y

sentía que necesitaba las suculentas partes interiores para curarse; en otras ocasiones, siempre le hicieron bien. Lanzó un gruñido, medio agradecimiento y medio irritación y continuó su camino. Legoda lo agarró por un brazo, reteniéndole.

—No, quédate, Peludo. A veces me has traído suerte, como en aquella ocasión en que encontramos el ocre brillante que necesitaba para mis pinturas. En el campamento habrá bastante carne para todos. ¿Por qué quieres seguir persiguiendo la caza? —Y cuando vio que Hwoogh vacilaba, su voz se hizo más insistente, no por bondad, sino por un repentino deseo de imponer su voluntad—. Los lobos corren muy cerca de aquí y uno solo no es suficiente contra la manada. Partiremos el reindeer en el campamento tan pronto como lleguemos. ¡Te dejaré escoger el trozo que más deseas!

Hwoogh gruñó una malhumorada conformidad y empezó a seguir al grupo de Cro-Magnons a unos pasos de distancia. Las limosnas de los Charlatanes eran amargas para él, pero el hígado era siempre hígado... si Legoda cumplía su palabra. Ahora iban cantando la áspera canción del Sendero, trotando con facilidad bajo la carga del reindeer, mientras que él los seguía con dificultad por la rapidez de su paso.

Cuando se acercaron al pueblo de los nómadas, sus tiendas de toscas pieles y humeantes fuegos despedían un acre olor que irritó el olfato de Hwoogh. El olor de los Cro-Magnons de largas piernas era bastante desagradable sin necesidad de añadirle la sucia emanación del campamento y el hedor de los fuegos de boñigas. Hwoogh prefería el olor a rancio de su húmeda cueva.

Una nube de niños se extendió delante de los cazadores, gritando de rabia al ver que no pudieron tomar parte en una cacería tan fácil. Cuando vieron al hombre de Neanderthal, lanzaron un aullido de júbilo y cargaron contra él, tirándole palos y piedras y saltando delante de él en fingi-

dos ataques. Hwoogh se estremeció encogiéndose, amenazándoles con su lanza y lanzando espantables gruñidos. Legoda se echó a reír.

—En verdad, oh Peludo Chokanga, tu voz debería hacerlos huir llenos de miedo. Pero ya puedes ver que no te temen. ¡Fuera de aquí, piojos de dos patas! ¡Fuera, digo! — El enjambre retrocedió ante su voz autoritaria y quedó detrás de ellos, siempre gritando. Hwoogh los miró preocupado, pero sabía que mientras Legoda no cambiase de parecer, estaba a cubierto de sus travesuras.

Legoda estaba de excelente humor, riendo y bromeando con las mujeres del campamento hasta que su joven esposa salió y los hizo callar. La joven se lanzó hacia el reindeer con su cuchillo de pedernal en la mano y las otras mujeres se reunieron con ella.

—Heya —advirtió Legoda—. Chokanga, el Peludo, tiene derecho a escoger el trozo que quiera. Mi palabra, se lo ha dado.

—¡Oh, hombre tonto! —Hubo escarnio en la voz de ella y en la mirada que lanzó hacia Hwoogh—. ¿Desde cuándo tenemos que alimentar a las bestias de las cavernas y a los peces del río? Estás loco, Legoda. Deja que él mismo cace su comida.

Legoda la pinchó en el trasero con la punta de su lanza, mientras sonreía.

—Sí, sabía que ibas a protestar. Pero a pesar de todo, nosotros debemos a esa gente muchas cosas... éste era su campo de caza cuando nosotros no éramos más que cachorros, luchando para llegar hasta esta lejana tierra. ¿Qué daño hay en darle comida a un anciano? —Se volvió hacia Hwoogh e hizo un gesto con la mano—. Mira, Chokanga, mi palabra es buena. Llévate lo que desees, pero cuida de que no sea más de lo que tu barriga y la de Keyoda puedan comer esta noche.

Hwoogh se dejó caer al lado de la pieza para levantarse casi en el acto con el hígado y las succulentas y dulces gra-

sas de las entrañas. Con un agudo grito de rabia la compañera de Logoda se lanzó hacia él, pero el hechicero de la tribu la contuvo.

—¡No, ha hecho bien! Sólo un estúpido escogería las costillas cuando el corazón de la carne estaba al alcance de su mano. ¡Por los dioses de mi padre, que yo mismo pensaba comerme este hígado! ¡Oh, Peludo, me has quitado la comida de mi propia boca, pero te aprecio más por ello! Vete, antes de que Heya te alcance.

Mañana, pensó Hwoogh, era posible que Legoda le azuzase los niños sucios y traviosos del campamento, por su acto de esta tarde, pero el mañana estaba en otra cueva del Sol. Empezó un trotecillo hacia la izquierda, rodeando la colina, mientras los furiosos insultos de Heya y el tranquilo buen humor de Legoda seguían sus pasos. Un trozo de hígado colgaba del montón de carne que apretaba contra su pecho y Hwoogh empezó a masticarlo mientras corría. Keyoda estaría contenta, ya que casi siempre era ella la que tenía que mendigar la comida para los dos.

Con estos pensamientos volvió un poco la propia estimación de Hwoogh. ¿Acaso fue más listo que el propio Legoda y escapaba del campamento con el mejor trozo de la presa? ¿Es que alguna vez Keyoda consiguió algo semejante cuando fue al pueblo de los Charlatanes? Bien, todavía podía aprender algo del astuto cerebro del viejo Hwoogh.

Desde luego que los Charlatanes estaban todos locos; sólo unos tontos podían hacer lo que había hecho Legoda... Pero aquello no debía importarle. Apretó con satisfacción el hígado y grasa contra su pecho y sonrió con una sensación de bienestar. Hwoogh no era uno de esos que miran en la boca del caballo que les han regalado.

El fuego se había convertido en una masa de rojizos y medio apagados carbones cuando Hwoogh llegó a la cueva y Keyoda estaba tendida en la única cama, roncando fuertemente, el rostro encendido. Hwoogh olió el aliento